



El tejo rojo

¡Otra Vez Mudanza!



BEATRIZ GIMÉNEZ DE ORY

 DYLAR

6



Otra nueva casa vieja

La madre de Mario se dedicaba a comprar viviendas en mal estado. Cuanto más vieja y oscura fuera la casa, más le gustaba. Un buen día decía, por ejemplo:

—He encontrado un piso cerca de la calle Mayor.

Y Mario y su padre se echaban a temblar.

—Las cañerías van fatal, huelen a alcantarilla, seguro que hay cucarachas. Tal vez ratas. ¡Me encanta! Nos mudamos la semana que viene.

Reformaban la casa de arriba abajo, y cuando al fin la convertían en un lugar

luminoso, limpio, donde daba gusto vivir, la madre de Mario la vendía mucho más cara de lo que había costado, compraba otra casi en ruinas, y vuelta a empezar.

El padre de Mario ni siquiera rechistaba. Y eso que, en cada mudanza, tenía que embalar miles de libros. Porque el padre de Mario era poeta. Un buen poeta. De joven había ganado premios importantes. Pero ahora nadie parecía interesado en leer su poesía. Le decían:

—Ya eres viejo. Tienes que dejar paso a las voces de los jóvenes.

O:

—Tienes talento, pero la poesía no vende. Si fueras novelista...

O:

—¿Por qué no inventas la letra de una canción de moda? Te harías de oro.

O:

—¿Y si cambias de profesión, y te haces bibliotecario, profesor, librero...?

Pero el padre de Mario solo sabía ser poeta. Y como nadie quería publicar sus poemas, decidió fundar su propia editorial. Él mismo encuadernaba los libros, cosía las hojas y forraba las tapas con piel de cabritilla o con seda.

No es que la madre de Mario fuera ninguna jovencita: tenía casi cincuenta años. Pero el padre de Mario era un señor mayor, de más de setenta. Y a Mario le daba mucha penita verle acariciar sus libros uno a uno, como si se despidiera de ellos antes de un viaje, y meterlos en cajas, amorosamente, cada vez que a su esposa se le antojaba una mudanza, lo cual ocurría al menos una vez al año. De ahí que, aunque Mario solo tenía doce, ya había vivido en diez casas distintas, y había estudiado en cinco escuelas diferentes. Y claro, con tanto cambio resultaba imposible tener amigos, o conservarlos, que viene a ser lo mismo.

Y un buen día, poco antes de las vacaciones de verano, a Mario le despertó cierto traajín en la cocina. Sus padres tostaban

pan y preparaban la mesa como para las grandes ocasiones. Su madre habló desde el fregadero:

—¡Sorpresa! Nos mudamos pasado mañana. A un caserón un poquito derruido, del siglo XVIII, en un pueblo cerca de El Escorial, al oeste de Madrid. Veréis qué felices vamos a ser allí.

Mario iba a protestar, pero vio a su padre llevarse un dedo a los labios pidiendo silencio. Así que calló y se tragó las lágrimas, y por eso el pan le supo raro, como si le hubieran echado sal a la mermelada.

Tres meses después, un batallón de albañiles, ebanistas, fontaneros, escayolistas, carpinteros, electricistas y pintores daba los últimos retoques al caserón. La madre de Mario también había contratado a un equipo de jardineros, que eliminaron la maleza, podaron los fresnos altísimos, abrieron caminos de piedra y plantaron rosales. Era la casa más bonita en la que habían vivido



nunca, un auténtico palacete con balcones que daban al jardín y a las montañas. A Mario le gustaba quitarse los zapatos y caminar por los largos pasillos en calcetines, correr un trecho para tomar impulso y luego deslizarse por la madera oscura y brillante. Otras veces pegaba un grito para escuchar su voz, deformada por el eco. Pero de repente se callaba, sintiéndose muy solo, ya que el eco no es exactamente un compañero de juegos.

El colegio nuevo era pequeño y estaba construido con ladrillo rojizo. El patio, sin embargo, era bastante grande. Además de la vivienda de Tomás, el conserje, que era una casa pequeña pegada a la escuela, había una pista de baloncesto, una zona de columpios, un paseo con bancos de madera y un terreno despejado donde unos cuantos chicos jugaban al fútbol antes de las clases. Aquel primer día de curso, todo el mundo parecía tener una ocupación: hablar en corrillos, perseguirse, preguntarse a

gritos por las vacaciones... Todo el mundo menos Mario, que los observaba, parado en medio de la pista de baloncesto. De repente, el cielo se oscureció, sonó un trueno fortísimo y empezó a llover a cántaros. A mares. Aquello parecía el diluvio universal. Los alumnos se metieron en el edificio, empujándose y riendo. Tocaron el timbre de entrada, pero, con el estruendo del agua, Mario no lo oyó. El patio estaba ahora desierto. Mario extendió los brazos, y dejó que la lluvia repicara en las mangas de su camisa: tap, tap, tap. Le gustaba el ruido, tan familiar, del agua, porque la lluvia sueña igual en cualquier parte del mundo. Se habría quedado así, como un pasmarote, si alguien no hubiera pegado un grito justo detrás de él:

—¡Eh, tú! ¡Me llamo Blancaaaaaaaa!

Se giró y vio a una chiquilla con los brazos abiertos y calada hasta los huesos, como él.

—Estamos locos, ¿eh? Nos vamos a

poner como una sopa —volvió a hablar ella.

A Mario le entró de repente una vergüenza tan grande de verse así, chorreando, que empezó a correr a toda velocidad, sin saber a dónde iba. Ella cruzó el patio hasta alcanzarle.

—¡Espera! ¿A qué clase vas?

Mario se detuvo, por fin.

—A 6ºA.

—¡Anda, igual que yo! Pues entonces vamos juntos.

Subieron las escaleras pegados a la pared, para no dejar charcos de agua en medio de los escalones, y los pies chapoteaban ruidosamente dentro de los zapatos.

Aunque la puerta de la clase estaba abierta, se quedaron en el umbral, sin decidirse a entrar. Mario miró al suelo y vio un reguero larguísimo. Blanca parecía ahora un pájaro empapado, tan pequeña y con esa nariz ganchuda como un pico.

—Llegamos tarde, perdón —dijo ella.

Pero lo dijo así como canturreando, y quedó bien claro que no estaba muy arrepentida. Algunos niños se echaron a reír. La profesora se acercó y los miró de arriba abajo.

—Buenos días, Blanca.

—Hola, Reme.

—Tú debes ser Mario Sainz.

A Mario le ardían las orejas de la vergüenza.

—Sí.

—Bienvenido, Mario. Teníamos muchas ganas de conocerte, pero comprenderás que no puedes entrar así en clase. Vais a pillar una pulmonía.

Justo entonces, Blanca estornudó.

—Achís.

—Anda, teatrera. Bajad donde Tomás y que llamen a vuestras casas. Tenéis que cambiaros de ropa.

—Achís— se le escapó a Mario. Los niños rieron y Mario sintió que se ponía rojo como un tomate.

—¡Ah! Y esta semana estáis castigados sin recreo.

No hubo más estornudos ni más carcajadas. Mario estaba furioso consigo mismo. Vaya manera tan estúpida de empezar el colegio.

Llamó a casa desde la conserjería, pero nadie contestó. Entonces recordó que sus padres habían ido a Madrid, a comprar cortinas.

—Yo no tengo teléfono, ya lo sabes —le explicó Blanca al joven conserje—. Aunque mi madre está en casa. ¿Por qué no te vienes tú también, Mario? Vivo a cinco minutos del colegio.

Ya no llovía. Tomás les abrió la puerta y les dio un empujón amistoso:

—¡A casa! ¡Ya estáis tardando!